

Fué, pues, el primer gobernador que vivió maritalmente en aquellos países descubiertos por el genio del inmortal Colón.

Cargado de oro regresó el almirante á la colonia, procurando guardar el mayor secreto acerca del último descubrimiento, para que Aguado no pudiera renunciar á los planes que llevaba, planes cuya realización convenia al almirante, porque cuanto mayores fueran las calumnias, mayores seria su triunfo al destruirlas.

Dijo al investigador que, aunque habia oro en el país que habia ido á visitar, era difícil extraerle de las minas; mandó cargar el precioso metal que habia reunido en la *Santa Cruz*, que ya estaba terminada, y lo dispuso todo para su partida á España.

Capítulo XLIII.

Hambre á bordo.

Antes de partir mandó llamar Colón á los capitanes de las fortalezas, y reuniéndolos en su palacio con los funcionarios más importantes de la colonia, les anunció su próximo viaje, participándoles que delegaba todas sus facultades en su hermano Bartolomé, á quien ya anteriormente habia nombrado Adelantado mayor, con orden de que le sucediese en el mando su hermano Diego si por casualidad el primero perecia durante su ausencia.

Hizo ofrecer á todos sumision y obediencia hácia Bartolomé, encargó á Miguel Diaz que explotase con actividad las minas de Hayna, designó las personas que debian acompañarle, las más perjudiciales en la colonia, y lo dispuso todo para darse á la vela el 10 de Marzo del año 1496.

Hacia tiempo que habia concebido Colon un plan, y ninguna ocasion era más favorable que aquella para realizarle.

Tenia prisionero á Caonabo, y cuantos esfuerzos habia hecho para vencer su entereza habian sido inútiles hasta entonces.

Ni las amenazas le quebrantaban, ni los agasajos trocaban en gratitud el ódio que sentia hácia los españoles.

Ni una sola palabra, ni una sola queja exhalaban sus lábios.

En el fondo de su alma abrigaba el indómito rey la creencia de que los suyos le vengarian, arrojando para siempre de la isla á sus enemigos, y sostenido por ella veia trascurrir los dias, contándolos al compás de sus cadenas.

Estas prendas de su carácter le habian captado el aprecio de Colon, que deseaba á toda costa hacerle su amigo para devolverle la libertad.

Como hasta entonces habian sido inútiles cuantos recursos habia empleado, pensó que, llevándole á España, el espectáculo de las ciudades y de los campos, las magnificencias de la corte, todo el aparato de la civilizacion europea, distraerian su ánimo y le pre-dispondrian á la paz que deseaba.

Estaba, pues, resuelto á llevarle á su lado en el primer viaje que emprendiera á España.

Cuando se decidió á partir tuvo una entrevista con él.

—Caonabo, —le dijo, —he hecho cuanto he podido

para endulzar las horas de tu cautiverio. La gran necesidad de la guerra me ha impedido romper las cadenas que te privan de la libertad; pero no es mi ánimo eternizar tu desgracia. Voy á partir á España, voy á llevarte en mi compañía para que veas á los reyes, para que al experimentar las consecuencias de su bondad, te convenzas de que la paz es mucho más ventajosa que la guerra para tus vasallos. Sé leal conmigo; si despues de haber recibido las mercedes de los reyes de España nos brindas tu amistad, volverás libre y colmado de obsequios á la isla, donde serás el único soberano, porque Boechio, Guarionex y Guacanajari han sucumbido.

A estas palabras, dichas por el almirante con acento amistoso, respondió el indómito Caonabo con una mirada, en la que reconcentró todo el ódio que profesaba á los españoles.

Despues, sin mirarle, y con acento de desprecio:

—La suerte te ha favorecido, y estoy en tu poder, —dijo;—dispon de mi vida, puesto que me has arrebatado la libertad. Haz de mí lo que quieras. Lo único que yo puedo asegurarte es que jamás seré tu amigo; es que jamás doblegaré mi frente ante tus soberanos; es que, si algundia consigo la libertad que me ofreces, será para despertar el ódio de los indios contra vosotros, para guiarlos de nuevo al combate, para procurar que todas sus flechas, impregnadas en gungo, vayan certeramente dirigidas á vuestro corazón, porque mi única alegría, mi único triunfo, mi única esperanza, es destruirlos.

Colon pensó que el viaje modificaría sus intenciones, y lo dispuso todo para que se embarcaran bien sujetos en la *Santa Cruz*.

Dispuso asimismo que fueran trasladados á bordo treinta indios más, y el día señalado partió la embarcación, ocupando en ella los puestos preferentes el almirante y Juan de Aguado.

Aquel viaje debía poner á prueba una vez más la energía y resignación del ilustre marino.

El deseo de evitar los vientos constantes y las calmas que en su anterior viaje había encontrado entre los trópicos, le hizo tomar el rumbo del Oriente, y el 6 de Abril, es decir, casi un mes después de su salida de la Isabela, se hallaba todavía en las inmediaciones de las islas caribes, con escasos víveres, y teniendo que luchar, no sólo con las inclemencias del mar, sino con el disgusto de los tripulantes, que deseaban llegar á tierra y temían hallar la muerte más horrible que puede darse: la del hambre.

Tres días después, habiendo virado al Sur para buscar provisiones en alguna de aquellas islas, ancló en la Marigalante, y no habiendo podido realizar su deseo, prosiguió el viaje al día siguiente, aunque contra toda su voluntad.

Buen cristiano ante todo, santificaba las fiestas, y nunca levaba ancla en domingo.

Pero los marineros murmuraban.

Creían que lo primero era buscar que comer, dejándose de escrúpulos de monja, y anticipándose Colon á los disgustos que su resistencia podía suscitar,

se dió á la vela el domingo 10 de Abril con rumbo hácia la Guadalupe.

Ancló en el puerto de esta isla, y mandó á tierra el bote con gran número de soldados armados.

Antes de llegar á tierra tuvieron los enviados que detenerse, porque salieron de los bosques, antes de que llegaran á la orilla, multitud de mujeres armadas, resueltas á oponerse al desembarque de los españoles.

Todas ellas llevaban arcos, flechas, estaban adornadas con plumas, y parecían decididas á ofrecer á los españoles por toda hospitalidad una tumba en la playa.

Detuviéronse los tripulantes del bote á bastante distancia de la orilla, y enviaron á nado á dos indios para que participaran á aquellas mujeres que no era su ánimo conquistar la isla, ni mucho ménos, sino pedirles provisiones á cambio de otros objetos de gran valor.

Las indias contestaron que no estaban autorizadas para celebrar aquel pacto, é indicaron á los dos emisarios que podían dirigirse con los botes hácia la parte Norte de la isla, donde se hallaban sus maridos, con los que podían entenderse.

El bote se dirigió hácia allí, en efecto, y á su llegada á la costa vieron en ella multitud de indios feroces que, al mismo tiempo que lanzaban terribles alaridos, disparaban las flechas, aunque por fortuna no alcanzaban al bote.

A pesar de la actitud amenazadora de los indígenas, el oficial que mandaba la fuerza armada que iba

en el bote resolvió llegar á tierra, porque entre morir de hambre á bordo ó perecer luchando, prefería lo último.

Avanzó, pues, la embarcacion, visto lo cual por los indios, se refugiaron en el bosque inmediato con ánimo de tenderles un lazo.

Apenas desembarcaron en tierra salieron por distintos lados dispuestos á caer sobre ellos y á despedazarlos.

Peró los españoles descargaron sus arcabuces, y aquella inmensa falange de indios huyó precipitadamente, refugiándose en las selvas y en las montañas, razon por la cual no encontraron los españoles obstáculo alguno á sus deseos.

Recorrieron las playas, se internaron en la isla, penetraron en las desiertas habitaciones de los indios, y aun cuando el almirante les habia encargado mucho se abstuvieran de cometer ningun género de tropelia, se entregaron á toda clase de excesos.

Al notar su tardanza saltó en tierra Colon con cuarenta hombres, y envió á explorar el interior de la isla, mientras los otros hacian provisiones de agua, leña y pan de cazabe.

Los enviados regresaron al dia siguiente, con diez mujeres y tres niños que habian aprisionado.

Entre aquellas mujeres se hallaba la esposa de un cacique, cuya captura habia causado la muerte de un español.

Al acercarse sus enemigos huyó con tal velocidad, que no tardó en dejar muy atrás á sus perseguidores.

Uno de los españoles, célebre por su extrema ligereza, corrió tras ella resuelto á aprisionarla.

Peró la esposa del cacique notó que sólo tenía que habérselas con un enemigo, y deteniéndose de pronto aguardó á su adversario, le asió con sus brazos, y era tal su fuerza que le arrojó al suelo, y cuando llegaron los españoles en socorro de su camarada lo habia ya extrangulado la india.

Fué conducida á bordo con los demás prisioneros, y allí tuvo ocasion de ver á Caonabo y de saber las causas de su cautiverio.

Cuando Colon reunió las provisiones suficientes para continuar el viaje, queriendo asegurarse la amistad de los habitantes de Guadalupe, por ser la más importante de las islas caribes, puso en libertad á la prisionera y la colmó de presentes.

La esposa del cacique no quiso volver á tierra.

La vista de Caonabo, el infortunio de aquel rey, la habian prendado de tal manera, que estaba verdaderamente enamorada del desgraciado esposo de Anacaona.

Manifestó á Colon que deseaba ir con él á su patria, y seguro el almirante de que esto podria favorecer sus intentos, no tuvo inconveniente en permitirle que continuase á bordo.

El 20 de Abril, diez dias despues de su llegada, partió la carabela á ser juguete de encontrados vientos, que retardaban su marcha, aumentaban la zozobra de Colon y desesperaban á los tripulantes.

Grandes horrores debían aumentar el interés dramático de aquel viaje.

Un mes despues de su salida de la Guadalupe estaban los pilotos desorientados.

Cada cual sostenía una opinión, y se formaron partidos, cuyas pasiones amenazaban estallar en medio de las soledades del Océano.

En tres meses de incierta y lenta travesía volvieron á escasear las provisiones.

Colon tuvo que reducir la ración de cada individuo á seis onzas de pan y cuartillo y medio de agua al día.

La sombra fatídica del hambre no tardó en extender sus descarnadas garras sobre el buque.

El primero de Junio los tripulantes habían dejado de ser hombres para convertirse en fieras.

Llegó un día en el que todos los recursos se habían agotado.

No sabían dónde estaban.

No descubrían ningún punto que les indicase próxima tierra.

No veían, ni á gran distancia, una embarcación siquiera que les prometiese la satisfacción de sus necesidades.

—¡Esto es horrible!—exclamaba.

—Peor estamos que en la colonia.

—Los pilotos no saben dirigirnos.

—El almirante mismo ha olvidado el rumbo, y nos espera una muerte desastrosa.

—Lo peor es el hambre.

—No, pues no hemos de quedarnos sin comer.

—¿Y qué hacer?

—Una cosa muy fácil. Vamos á matar á los indios prisioneros para comer su carne.

Aguado, que tampoco las tenía todas consigo, pero que en medio de todo se lisonjeaba pensando en el fin desastroso que reservaba la Providencia á Colon, les incitó á llevar á cabo su propósito.

Armados de cuchillos iban á precipitarse los más audaces en el sollado donde iban los prisioneros, cuando Colon, saliendo á su encuentro y conteniéndoles:

—¿Qué vais á hacer, miserables?—les dijo.—¿Olvidáis que los indios son prójimos vuestros? Vais á cometer un crimen espantoso. Antes que acercaros á uno solo de ellos, tendreis que pasar por cima de mi cadáver.

Y les presentó el pecho.

Los tripulantes lanzaron un grito terrible, y fueron á ocultarse de aquella mirada amenazadora.

Colon les anunció que muy en breve llegarían á tierra, pues, según su cálculo, estaban á muy poca distancia del cabo de San Vicente.

Poco despues de aquella escena se desencadenó una furiosa tempestad.

La embarcación, á impulso del huracán, recorrió gran distancia sin más guía que el viento.

Una terrible escena vino á aumentar el horror de aquel imponente cuadro.